

Sara Casamayor Mancisidor, *La vejez femenina en la antigua Roma: cuerpos, roles y sentimientos* (=Colección Démeter 11), Oviedo, Grupo Deméter, 2019, pp. 324 [ISBN: 978-84-16343-84-3 / 978-84-8053-978-4].

Este libro constituye una buena evidencia de cómo los temas y los objetivos de la investigación histórica en la Antigüedad se amplían y diversifican. En la actualidad se puede afirmar que prácticamente se han superado las barreras impuestas a los estudios referidos a la mujer, un tema que cada vez adquiere más envergadura, ciertamente no sin esfuerzo, y el tan merecido respeto. Un paso más es volver la mirada hacia los sectores femeninos más vulnerables, como las esclavas, las niñas y las ancianas, por citar tres ejemplos significativos. En concreto la obra que presento, derivada de la tesis doctoral de Sara Casamayor, dirigida por María José Hidalgo de la Vega, tiene por objeto, como el título indica, el tercer grupo mencionado. La meta propuesta no es fácil y, a mi entender, la autora ha superado brillantemente tan complicado reto subsanando una serie de obstáculos y empleando una rigurosidad metodológica que paso a especificar a continuación.

El primer obstáculo se refiere a la propia dificultad para el hallazgo y recopilación de la información, no sólo por los escasos estudios realizados hasta la fecha, sino porque en la propia Roma antigua no se consideraba en absoluto un tema de interés sobre el que los varones pudieran, de forma regular, escribir o representar en el campo de la iconografía. Este problema se supera a través de la búsqueda magistral de todo tipo de indicios, sacando a la luz los vestigios a través del meticuloso análisis de las fuentes literarias, epigráficas y arqueológicas, tanto referidas a la iconografía como al estudio de los huesos de las necrópolis de la época.

Una segunda traba es el papel secundario que la figura de las *vetula* ocupa en las fuentes literarias; problema que se ve agravado por los abundantes estereotipos que se localizan en géneros como el teatro, la sátira y la poesía, que, en ocasiones, las convierten en objeto de burla, cuando no en seres grotescos y/o peligrosos. Sin duda estos factores empañan la realidad histórica, pero Sara Casamayor los contrarresta, y no sólo alcanza una admirable objetividad, sino que analiza la intencionalidad para desvelar ciertos aspectos sobre la mentalidad de los varones romanos.

Precisamente el tema de la objetividad me lleva a destacar otra limitación superada en esta obra. Creo que determinadas temáticas, como la que nos ocupa, deben implicar el mundo de las emociones en varias direcciones, por lo que la interacción con el objeto de estudio debe ejercerse en la “justa medida”. Así, una fase tan crucial en el marco de la familia y la sociedad no puede analizarse de forma fría y/o distante, pero a la vez esta aproximación debe ser rigurosa y equilibrada. Esta difícil ecuanimidad ha sido también alcanzada con éxito, porque la emoción se aborda desde la perspectiva del objeto de estudio, ya que se persigue desvelar los sentimientos femeninos, sin dejar de lado la idea de que sólo es posible hacerlo a

través de las fuentes a nuestro alcance, es decir, de la perspectiva que transmiten los varones.

Una vez explicadas las dificultades y las soluciones propuestas, me gustaría resaltar otras características que ahondan en la rigurosidad de la obra que presento. En primer lugar, esta investigación no encasilla el objeto de estudio en la antigua Roma, sino que de forma continuada plantea análisis que manifiestan ciertas pervivencias y/o divergencias a lo largo de la historia a través de diferentes culturas que invitan a la reflexión. Es significativo cómo Sara Casamayor destaca ciertos tópicos sobre la vejez que ya se documentan en las fuentes escritas de la época clásica. Entre los de carácter negativo destacan, por ejemplo, la afición por la bebida, la astucia mal empleada, la mezquindad y el egoísmo. Entre los positivos, la sabiduría y templanza. A partir de ahí se determina, a través del arte y las fuentes escritas, cómo estos tópicos permanecen o se intensifican en distintas épocas y ello se relaciona directamente con la reacción de los varones ante los cambios de la situación de las mujeres; así, por ejemplo, el incremento de libertad generaba miedo y preocupación que se traducía en rechazo.

Un segundo aspecto a destacar es que el estudio de esta categoría no se desarrolla en absoluto de forma aislada; tras abordar la difícil tarea de delimitar la cronología desde el punto de vista biológico y físico, la senectud se define como un grupo de edad en el marco de la familia, tras el paso por la infancia y la madurez que permite la maternidad. Definir las relaciones que se establecen con las *vetula* en el seno familiar y su papel integrador y armónico, gracias a la experiencia adquirida, es fundamental para entender su misión en la sociedad. En ambos casos se insiste en aquellos tópicos que las encasillan como mujeres avariciosas, que viven una segunda infancia y con pérdida de facultades mentales y físicas. Como contrapartida, a veces se las retrata como sabias y con una manifiesta capacidad de transgredir el orden establecido, bien sea por medios consentidos, como el evergetismo, bien por vías menos lícitas, como la magia. En el primer caso las inversiones beneficiosas para la comunidad les otorgaban un gran reconocimiento social, tanto para ellas, como para sus allegados varones, siendo un recurso recurrente para favorecer su ascenso en la política.

Este evergetismo me lleva a otro aspecto que la autora evidencia gracias al análisis de las fuentes, como es el amplio abanico de situaciones que podían vivir estas mujeres ancianas en función de su realidad económica. Así, la vida de las más poderosas no sufre grandes cambios, ni en el ámbito familiar ni respecto a sus actividades en sociedad. En el otro extremo se presenta la situación de las esclavas, cuyo futuro, siempre dependiente de sus amos, podía ser el simple abandono. Entre ambos supuestos, se describen situaciones intermedias en las que intervenían muchos factores como la salud y el amparo familiar, ya que las disposiciones legales, aunque vigentes, no eran suficientes para protegerlas de la marginalidad y pobreza.

No olvida la autora abordar las consecuencias económicas, en el ámbito familiar y público, de la actividad laboral de estas ancianas (propietarias de tierras o talleres, sacerdotisas, hilanderas, actrices...) que se mantenía mientras las circunstancias físicas y mentales lo permitían.

Deseo finalizar esta reseña con la recomendación expresa de la lectura de esta obra en la que, además de aprender sobre los principales aspectos de la vejez en la antigua Roma, se invita a la reflexión sobre las pervivencias y rupturas de aquellas

mujeres que se integran en una parte del ciclo vital que es necesario visibilizar, amar y respetar.

Susana Reboreda Morillo
Universidade de Vigo
rmorillo@uvigo.es